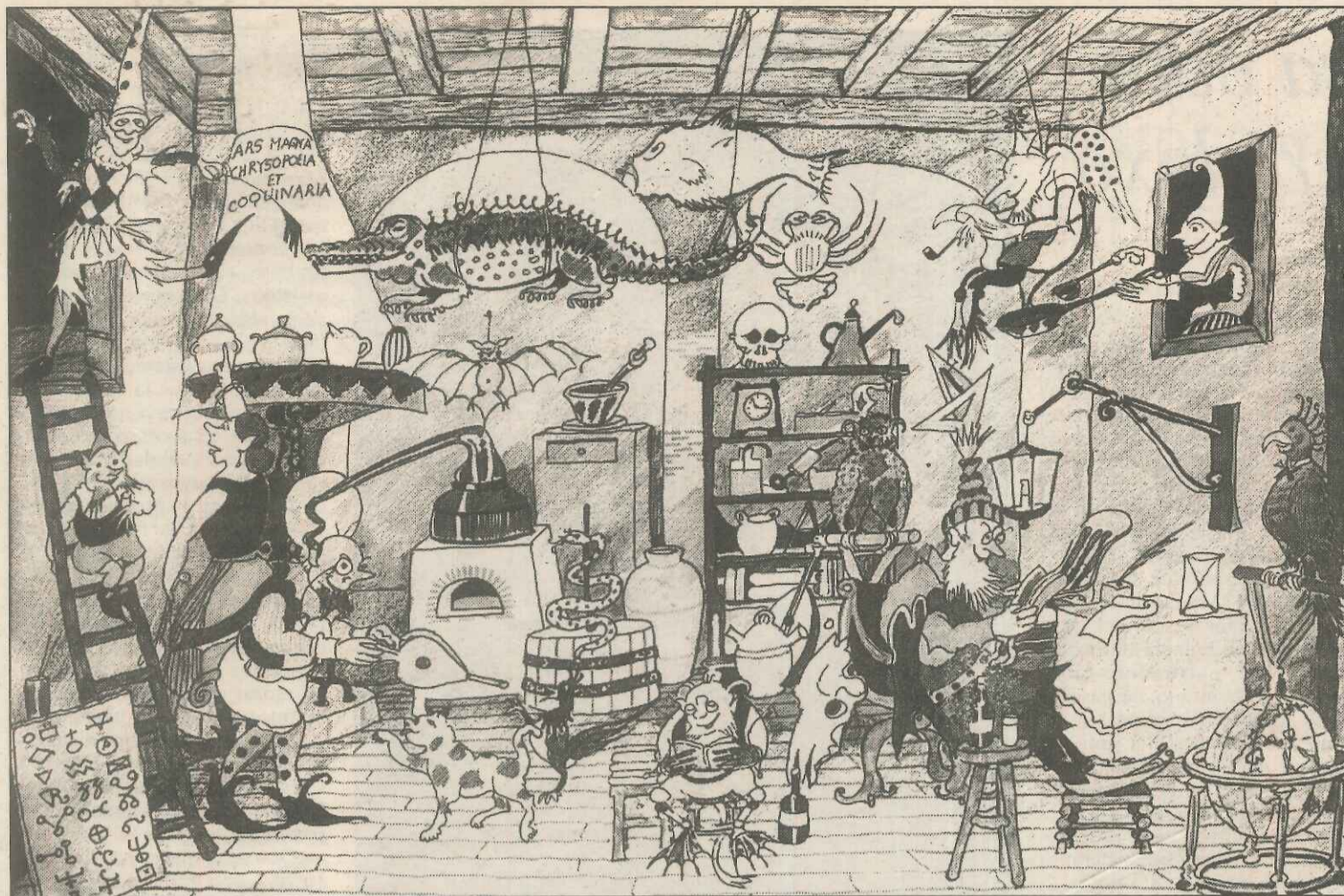


LA DESAPARICIÓN DE UN SABIO



Dibujo de Julio Caro Baroja.

Un investigador de las brujas

C. LISÓN TOLOSANA

En el largo peregrinaje intelectual de Caro Baroja ocupa un lugar no sólo extenso, sino prominente, el tema de la brujería: lo acaricia en repetidas ocasiones y desde diferentes pero complementarias perspectivas. Le atrajo, además, desde su niñez. Todavía adolescente, le gustaba escuchar a los ancianos de Vera de Bidasoa, que le contaban hechos reales y sucesos verídicos de brujas en los que ellos mismos habían sido testigos. En su casa —Itzea—, donde pasaba los veranos, acumulaba además notas escritas a mano y con letra minúscula sobre las creencias mágicas locales e, infatigablemente, leía los clásicos volúmenes de brujería primorosamente encuadernados que su tío Pío Baroja, gran conocedor a su vez de la materia, había ido allegando en su biblioteca, poblada de libros curiosos, objetos raros y barcos en miniatura que colgaban del techo.

Años más tarde, en una visita a Itzea, tuve en la mano esas antiguas obras históricas que sólo he podido conseguir en fotocopia. Una tierra fronteriza marcada a los dos lados por la brujería y una excelente biblioteca piobarrojiana están en la base tanto de su obra más popular —*Las brujas y su mundo*, 1961— como su extraordinaria erudición histórico-literaria. En ella combina sus dotes de ágil e imaginativo escritor con la fascinación propia del tema en sus múltiples variaciones histórico-regionales, para presentarnos toda una galería de personajes, figuras y hechos en un comprensivo marco discursivo. Pero además, y principalmente, *Las brujas y su mundo*, debido a esa curiosa mezcla de biografía, historia, especulación, antropología y reflexión personal, es un libro original en su forma, denso y profundo. Y lo es porque en él se plantean los

problemas básicos, radicalmente humanos, que subyacen a la creencia en poderes malignos que torturan al hombre.

Efectivamente, a lo largo de las páginas se suceden preguntas nucleares que enmarcan la brujería tanto en su propia trama cognitiva como en su pertinente contexto social. ¿Qué aterroriza a un grupo humano en un momento determinado? ¿A quién o quiénes se achacan la desgracia, la enfermedad y el mal? ¿Cómo se representan esos poderes satánicos en forma culturalmente inteligible y aceptable? Y no menos importante: ¿cómo es posible que magistrados, autoridades civiles y obispos enviaran a la hoguera a tantos miles de brujas? ¿Creamos mentalmente al Otro para aniquilarlo? En otras palabras: ¿cuáles son las fronteras de la realidad? ¿Y los criterios de racionalidad? Al planear así la problemática bruñeril la propone

en un plano tan vigente hoy como ayer.

Caro Baroja no sólo nos da gemas de detalles y casos significativos en su particularidad sugerente y ligazón interna, sino que, convencido de que la antropología tiene diferentes mansiones interpretativas, hace gala de una epistemología pluralista. La etnografía, la historia y la antropología conforman un todo del que se sirve según conviene a la naturaleza del problema investigado. Hombre de muchas partes, sin fronteras disciplinares encorsetadoras y reticente siempre de paradigmas a la moda, supo navegar guiado por su sentido común anclado en su vasta erudición presidida siempre por una rigurosa reflexión crítica personal. Una sosegada lectura de *Las brujas* muestra todo esto en acción: puede arrojar luz sobre la irracionalidad actual en varios sectores y niveles de nuestra Europa.

Memorias de un espectador fatigado

MIGUEL GARCÍA-POSADA

A la altura de 1971, cuando escribía *Los Baroja*, don Julio Caro se consideraba "un espectador fatigado". Debía de estarlo mucho más en su vejez. Era tan inteligente como melancólico. De su inteligencia, de su enorme sabiduría, dan fe sus trabajos y sus libros (entre ellos ese monumento contra la mistificación de la historia que es su obra sobre los vascos); de su melancolía, que era perceptible en el personaje casi a primera vista, levantan acta las páginas perdurables de su gran libro de memorias: una saga familiar, una ilación de saberes y decepciones, una apoteosis de ironías y silencios, una sucesión de nostalgias y escepticismos. *Los Baroja* es un mar de experiencia humana, una gran torrentera de materia existencial, pero también popular, colectiva, una incorporación total de sustancias y elementos diversos.

Hoy los libros de memorias están en voga; no lo estaban tanto cuando don Julio escribió el suyo, que es una pieza clave en la historia española del género —hay incluso quien lo considera la pieza clave—. Entonces, cuando no había corruptos ni terroristas, algunos muchos querían que nos quedáramos sin memoria y por poco lo consiguen, aunque a lo mejor lo logran otros en estos últimos años del siglo.

Desconfianza profunda

Don Julio había heredado de su padre y de su tío y casi hermano don Pío (el *don* aquí es un elogio, no un tratamiento) una desconfianza profunda en las capacidades del hombre para la bondad y la justicia.

Pese a lo cual o por lo cual supo recordar y supo contarnos la historia de su familia y, a su través, la historia —y la intrahistoria— de la parte más trágica de la España del siglo XX en ese libro memorial, imprescindible por muchas razones: por su información (su conocimiento), pero, sobre todo, por su talento.

La memoria, cada vez lo sabemos más, no se cuenta: se novela, se finge, se transfigura. Don Julio noveló, transfiguró. No todo lo que allí se dice, lo que allí dice, es verdad. ¿Quién tenía la culpa del antirrepublicanismo de los Baroja? ¿La República? ¿Eran sus dirigentes una panda de resentidos, con Manuel Azaña a la cabeza? ¿Es recusable casi toda la literatura de los años veinte? En última instancia, ¿estaba la razón siempre del lado de los Baroja?

No importa. Don Julio contaba su verdad, y esa verdad suya se impone por la honradez de fondo que la sustenta, por ese sustrato liberal, vital casi más que político, que se nutre de la libertad de conciencia individual, de la defensa de la dignidad de los derechos del individuo frente a las tropelías de cuantos se sienten con vocación teológica suficiente para decretarnos cómo hemos de vivir e, incluso, como hemos de morir. Un programa luminoso a la vista de cómo está el patio.

La importancia de la obra de Caro Baroja rebasa con mucho el marco necesariamente estrecho de la vascolología, e incluso el del hispanismo. No podría precisar ahora qué porcentaje del inmenso número de páginas que constituye su obra está dedicado a temas vascos. Pero estoy seguro de que, cualquiera que este sea, el estudio de la cultura popular del rincón occidental del Pirineo tuvo siempre en él un lugar de predilección desde que, en 1929, cuando sólo 15 años, entregó al Anuario de Eusko-Folklore, la revista fundada pocos años antes por José Miguel de Barandiarán, su primer trabajo de etnografía: *Algunas notas sobre la casa en la villa de Lesaka*. Como estoy seguro también de que su paisaje más íntimo, su paisaje del corazón, estuvo hasta el final en la regata del Bidasoa, esa comarca de la mon-

taña navarra recorrida por las sombras de Jaun de Alzate y Zalacain el Aventurero, donde eligió morir.

Quizá el más vasco de los rasgos de Julio Caro Baroja, rica y compleja mezcla él mismo de diversas estirpes y pueblos, fuera su amor por la casa, ya perceptible en el título del artículo mencionado. De esa preocupación, no sólo científica sino también conmovedoramente sentimental, por lo más distintivo del hábitat humano (para don Julio, el hombre como especie se definiría, sin duda, como el animal que cons-

truye casas) da testimonio, además de sus estudios, de sus cuadros y de los numerosos bosquejos de sus cuadernos de campo, la escueta dedicatoria que puso al frente de *Los Baroja*, obra cumbre de la literatura memorialística española de todos los tiempos: "A Itzea, de su hijo".

Itzea, cuyo significado literal en vasco es "la casa", fue la metáfora central del universo carobarrojiano. La casa tuvo en él un sentido no limitado al de la construcción techeda. Fue también un modelo general de percepción del espacio humanizado, producto,

El hijo de Itzea

JON JUARISTI